The Core of Mercy [La esencia de la misericordia]



En 2024, la presidenta de la Universidad Carlow, la Dra. Kathy Humphrey, comenzó a presentar un pódcast titulado «Un mundo más justo y misericordioso». Reuniendo a líderes, docentes, artistas y científicos de todo el mundo, la Dra. Humphrey conversa con ellos sobre la misericordia y la justicia en acción. Hasta la fecha, ha habido veintisiete episodios. Están disponibles en el sitio web de Carlow (http://carlow.edu) o en cualquier lugar donde obtengas tus podcasts.

Kathy Humphrey (KH): Bienvenidos a «Un mundo más justo y misericordioso». Soy Kathy Humphrey, Presidenta de la Universidad Carlow. En este podcast conversamos con líderes, docentes, artistas, científicos e historiadores de todo el mundo para explorar cómo llevar más justicia y Misericordia a nuestra sociedad.

Hoy tenemos la enorme suerte de recibir en nuestro campus a Jim Keenan, sacerdote jesuita reconocido en todo el mundo por su labor en el campo de la ética. Jim, la ética es fundamental para nosotros. Le agradecemos que esté aquí y que vaya a explicarnos cómo Podemos convertirnos en líderes más éticos. Después de lo vivido en los últimos

meses, creo que la ética ha pasado a ocupar un lugar central en nuestra existencia humana.

Permítame comenzar con una pregunta: ¿por qué la ética? ¿Qué lo llevó a dedicarse a este campo y a convertirse en un referente reconocido?

James Keenan, SJ (JK): Es una pregunta muy graciosa. La respuesta sencilla es que llevaba unos diez años como jesuita cuando un día recibí una llamada. Debió de ser hacia 1980. Había ingresado en la Compañía de Jesús en 1970. En 1980, entonces, suena el teléfono y contesto. Una voz pregunta: «¿Puedo hablar con Jim Keenan?». «Soy yo». «Habla Al». Le pregunto: «¿Al quién?». Y responde: «Tu viceprovincial de formación». «Ah, hola, Al». Me dice: «Quiero verte hoy». «Pero estás en Nueva York». «No; vine a Cambridge a verte». Le explico que los otros seis jesuitas de la provincia estaban fuera. Y responde: «Solo vine a verte a ti». Por lo general, que un provincial aparezca sin avisar no presagia nada bueno. Le pregunté dónde estaba. «Al otro lado de la calle». «Voy enseguida».

Lo primero que me preguntó fue: «¿Cómo van tus votos?». Le dije que muy bien. Entonces anunció: «Vas a hacer un doctorado». Yo nunca lo había contemplado, pero me explicó: «Ayer, el Consejo provincial decidió que harás un doctorado y pensamos que debias ser el primero en enterarte». Le dije: «¡Vaya con el discernimiento jesuita!». Luego pregunté: «¿Y?». Me contestó que se quedaría hasta el día siguiente porque yo tendría que decirle en qué haría el doctorado. «¿En serio? ¡Ni siquiera lo he pensado!». «Tienes 24 horas». Regresé a casa. Vivía en una comunidad de doce jesuitas y todos dijeron: «Ya era hora de que alguien te mandara hacer un doctorado». Pregunté en qué debía hacerlo y todos coincidieron: «En teología moral y ética. Tus clases son muy interesantes; si lo son, será porque el tema te interesa». Me pareció una Buena respuesta.

Volví y anuncié: «Haré el doctorado en teología moral». Tomé la decisión en 24 horas.

KH: ¡Dios mío!

JK: Así funciona el discernimiento jesuita entre jesuitas: en versión exprés. Normalmente acompañamos a la persona, caminamos con ella y podemos pasar dos o tres años ayudándola a decidir. A mí me dijeron que decidiera en 24 horas, y lo hice.

KH: Pero está claro que el tema ya le interesaba, ¿no?

JK: Sí. No lo supe hasta que me obligaron a elegir un tema. Entonces comprendí que las clases que más me interesaban eran las de ética social, ética sexual y ética global. Me atraía toda clase de cuestiones éticas, pero aún no era consciente de ello.

También agregaré algo: mi padre dirigía la Brigada de Homicidios de Manhattan Sur. Yo era de Brooklyn y él trabajaba en Manhattan. Ocupaba exactamente el mismo cargo que Kojak. Mi padre pensaba…

KH: Un momento: nos escuchan personas jóvenes que no saben quién era Kojak. Será mejor explicarlo.

JK: Sí. Kojak fue una serie de enorme éxito internacional. Basta con preguntar: «¿Conocen al policía de la paleta?». Cualquiera de cincuenta años o más responderá de inmediato «Kojak», viva en el país que viva. El actor Telly Savalas interpretaba a Kojak, jefe de la Brigada de Homicidios de Manhattan Sur. Investigaba asesinatos para averiguar qué había ocurrido. Pero la serie también mostraba la visión de la justicia propia de ese mundo, y eso me influyó muchísimo. El sentido de la justicia de mi padre y su manera de reconocer a la gente buena me marcaron. Recuerdo que un día vimos a una trabajadora sexual en la calle.

Yo tenía doce años y él dijo: «Están entre las personas más honestas de la ciudad». «Y quienes trafican con ellas están entre las peores». Esa era la lección que recibía de mi padre a los doce años, y nunca la olvidé.

KH: Qué historia. Hoy nos acompaña la hermana Sheila, a quien todos conocen como una verdadera estrella de la Universidad Carlow. Nos alegra muchísimo tenerla aquí. Hermana Sheila, quisiera preguntarle: ¿por qué invitaron a Jim al campus?

Sister Sheila Carney (SC): Hay una historia interesante relacionada con el Instituto McDarby. Es un programa anual dirigido a docentes y personal, que les permite profundizar en lo que significa ser una institución católica de la Misericordia. Al final de la serie de temas, dedicamos una sesión a las obras de Misericordia.

Usábamos el libro de Jim sobre las obras de Misericordia. Para iniciar el diálogo, pregunté al grupo qué los había impactado de la lectura. Casi al unísono respondieron: «La Misericordia es la disposición a entrar en el caos de los demás». La conversación fue maravillosa. Al año siguiente ocurrió lo mismo; y al otro, también. Finalmente llegamos a un punto de inflexión: toda la universidad hizo suya esa

definición. Creo que nos conmovió tanto porque nos vimos reflejados en ella. Cuando la Misericordia se define como entrar en el caos de los demás, reconocemos que eso es precisamente lo que hacemos aquí todos los días. Por eso invitamos hoy a Jim.

KH: Jim, no puede imaginar hasta qué punto ese lenguaje ha impregnado nuestra comunidad.

JK: Sheila me lo ha contado últimamente.

KH: Sí. Yo misma debo de haber repetido la frase al menos cien veces. Creo que resuena porque es auténtica y fácil de comprender. Nos ayuda a explicar a los estudiantes que, al aceptar un título universitario, se comprometen, en esencia, a entrar en el caos de los demás. Cuando hablo con los estudiantes de enfermería en su ceremonia de imposición de insignias, les digo que su profesión representa la máxima expresión de ese compromiso. Lo mismo vale para docentes y trabajadores sociales, e incluso para estudiantes de administración de empresas. Me entusiasma que esté aquí. Ya que empleamos sus palabras, es maravilloso tener ante nosotros a quien les da vida.

Profundicemos ahora en lo que usted entiende por ética: ¿qué es y cuál es su núcleo?

JK: Diría que el núcleo de la ética es reconocer que estamos relacionados unos con otros. Nos necesitamos mutuamente; no podemos avanzar solos. En cada uno debe existir una sensibilización de nuestra dependencia recíproca, algo que hoy le falta al mundo. No hablo de una dependencia que utilice a las personas, sino de una dependencia respetuosa.

Sin embargo, no vemos que se la fomente ni se la presente como camino para avanzar. Creo que el papa Francisco y el papa León han sido firmes promotores de ella. Sería bueno que otros líderes de la Iglesia siguieran sus pasos, y también los dirigentes políticos.

KH: Desde luego que sí.

JK: En algunos de sus trabajos habla de la formación de la conciencia. Cuéntenos un poco sobre eso. Tomás de Aquino plantea esta pregunta: «¿Es posible actuar contra la propia conciencia sin pecar?». Y su respuesta es: «Nunca». Me pareció la mejor manera de definirla: la conciencia es algo que nos da órdenes y nos impulse en determinada dirección. No se limita a permitirnos hacer algo; nos compromete a

hacerlo. Si su conciencia le indica que ese es el camino, ¿por qué elegir otro? Si no sigue su conciencia, tendría que seguir algo externo a ella.

Cuando Aquino formula esta afirmación, sostiene que la conciencia nos manda avanzar, sin importar lo que alguien nos enseñe o diga, ni lo que establezca una ley. Solemos pensar que nos concede permiso, pero no es así: nos ordena actuar.

Usted (SC) me hablaba de la hermana Pat, de su congregación y de la marcha de Selma. Estoy seguro de que participó porque su conciencia se lo exigía. No pensó: «¡Qué bien, podré marchar en Selma!», sino: «Tengo que hacerlo, sin importar lo que ocurra». La conciencia es ese impulse interior que nos muestra el camino que debemos seguir. Muchos diríamos que es la voz de Dios dentro de nosotros, una voz que nos interpela continuamente. Quizá no siempre sepamos escucharla; por eso, quienes enseñamos tratamos de ayudar a nuestros estudiantes a reconocer cuándo está actuando.

KH: Usted también habla mucho de la vulnerabilidad. ¿Qué nos ayuda a desarrollarla?

JK: Antes pensaba que formar la conciencia consistía únicamente en enseñar a los estudiantes lo que debían saber. Comencé a dar clases en 1987 y enseñé cuatro años en Fordham. Dicté un curso titulado «Aborto»; se llenó en unos cinco minutos. Impartí dos o tres secciones y hacía un examen en cada clase. Para cada sesión debían leer tres ensayos. Como nos reuníamos tres veces por semana durante 39 clases, terminaron leyendo unos 120. Mi tesis era que todo el mundo opinaba sobre el aborto, pero nadie había leído nada al respecto. Yo quería enseñar.

Cuando surgió el VIH, me interesó mucho su prevención y empecé a dictar «VIH/sida y ética» en Boston College. El curso tuvo muchísimo éxito, lo enseñé durante años y dio origen a un programa de salud pública, entre otras iniciativas. Pero siempre enseñaba lo que había que saber sin abordar la pregunta esencial: con todo ese conocimiento, ¿actuarían realmente? ¿Se sentirían impulsados a actuar? ¿Seguirían su conciencia? Tenían toda la información, pero ¿la obedecerían?

Un día, al terminar una clase de «VIH/sida y ética», mis Cuarenta estudiantes salieron al pasillo. Eran profesionales comprometidos y trabajadores, que querían responder a un problema crítico de salud mundial. De pronto hubo un alboroto: un estudiante de otra clase se había caído. No sé qué le ocurrió, pero vi la reacción de mis estudiantes.

Muchos intentaron ayudar; otros se encogieron de hombros, siguieron caminando y preguntaron: «¿Qué pasó?». No mostraron ninguna capacidad de respuesta. Comprendí que les enseñaba qué hacer, pero no que tenían la obligación de hacerlo. Entonces empecé a preguntarme qué necesitaban para abrirse al otro y estar dispuestos a entrar en el caos de los demás.

La gran filósofa feminista Judith Butler, inspirándose en Emmanuel Levinas, sostiene que lo que hace falta es vulnerabilidad. Solemos asociar «adulto vulnerable» con una persona que tiene una discapacidad o alguna dificultad y necesita ayuda. Pero la verdadera vulnerabilidad consiste en abrirse al otro. Significa estar dispuesto a que me hieran. Pensemos otra vez en la hermana Pat y en quienes marcharon en Selma: al participar se expusieron a algo, y fue precisamente esa vulnerabilidad la que los llevó hasta allí.

¿Qué necesitamos antes de actuar en conciencia? Mi respuesta es la vulnerabilidad, y eso es lo que enseño siempre.

KH: Quisiera profundizar un poco. Pienso en un pasaje de las Escrituras, aunque ahora no recuerdo dónde está. Tal vez sea Pedro, o tal vez no: «Quiero hacer lo correcto, pero no lo hago. Señor, fortalece mi convicción».

JK: «Creo, Señor; ayuda mi incredulidad».

KH: Eso: «Ayuda mi incredulidad». Esas palabras expresan exactamente lo que siento: sé qué debo hacer, pero no consigo dar el salto.

JK: Por eso trabajo sobre la vulnerabilidad. La mayoría de los educadores enseñamos lo que las personas necesitan saber, pero no cómo actuar. Cada vez más universidades se ocupan de ello, pero creo que los especialistas en ética no. Siguen explicándonos qué está bien, qué está mal y cómo Pensar o comportarnos, sin preguntarse qué nos lleva a actuar en primer lugar. Ahora muchos especialistas estudian la vulnerabilidad y también el reconocimiento. Sostienen que, si uno es vulnerable, reconoce el problema; si no lo es, ni siquiera llega a verlo.

KH: Al hablar de vulnerabilidad, usted menciona también la capacidad de responder. Sin embargo, entre la vulnerabilidad y la respuesta hay que recorrer un largo camino, ¿verdad?

JK: Así es.

KH: Qué interesante que hablemos de esto. El domingo estaba en la iglesia cuando alguien se sintió mal. La gente comenzó a correr, se interrumpió el sermón y todo se puso en movimiento. Pero había profesionales de la salud que no se levantaron. Me perturbó. Pensé: «Esa persona es médica. ¿Por qué no se movió?».

JK: Fue igual que cuando vi a mis estudiantes en el pasillo: no respondieron.

KH: ¿Por qué? Desde entonces lo he comentado varias veces y siempre aparece la cuestión de la responsabilidad legal. Responder entraña un riesgo jurídico; ese riesgo siempre forma parte de la respuesta. Pero hay otro elemento interesante: hace falta valor para pasar de la sensibilización a levantarse y hacer algo. ¿Cómo ayudamos a los estudiantes, a las personas, a nuestra comunidad? La semana pasada estuve en

Alemania y me preguntaron: «¿Por qué ustedes no hacen nada?». Me pareció una pregunta interesante porque, desde su perspectiva, no estamos haciendo nada. ¿Cómo pasamos de «sé que esto es lo correcto» a «estoy haciendo lo correcto»?

JK: Hay dos respuestas. Comenzaré por la última pregunta y después volveré a la anterior. Creo que ahora mismo el mayor problema en Estados Unidos es que cada uno se pregunta sin cesar: «¿Qué debo hacer?». Y lo hace a solas, encerrado en su habitación. Ya basta: tenemos que hablar entre nosotros. La pregunta no es «¿qué debo hacer yo?», sino «¿qué debemos hacer nosotros?».

Ese es también el modelo de Selma: la gente se reunió y actuó en conjunto. Muchísimas personas están perplejas ante lo que ocurre en el país, aunque no marchen ni hagan nada. Se encierran en su pequeño mundo porque siguen preguntándose qué pueden hacer solas. Pero nadie encuentra la respuesta por sí mismo. Hace falta humildad y vulnerabilidad para decirles a los amigos: «Quisiera hacer algo. ¿Tienen alguna idea?». Solo así llegamos a la gran pregunta: «¿Qué debemos hacer?».

En cuanto a la vulnerabilidad, me encanta la parábola del buen samaritano porque responde a la pregunta «¿quién es mi prójimo?». El sacerdote y el levita pasan junto al herido tendido en el camino. Como carecen de vulnerabilidad, son incapaces de reconocer que necesita ayuda. El buen samaritano, en cambio, sí lo ve. Para enseñar la vulnerabilidad debemos enseñar a reconocer, a ver lo que no vemos.

Muchos programas llevan a los estudiantes a otros barrios, los ponen en contacto con

distintos pueblos y los ayudan a comprender su realidad. Al mostrarles mejor la situación del mundo, despiertan su vulnerabilidad. Después tenemos que unir esa vulnerabilidad con el reconocimiento.

Usted preguntaba cómo crear ejercicios que enseñen a reconocer.

Pero hay otro aspecto: una vez identificado el problema, comprendemos que ni siquiera el samaritano actuó realmente solo. Encontró al posadero y, por el camino, otros recursos y personas. Nosotros también debemos aprender a hacer lo mismo.

SC: Si me permiten agregar algo, pronto viviremos esa experiencia en el campus con el Día de Servicio de la Misericordia. Nuestros estudiantes de primer año saldrán a distintos lugares de la ciudad. Muchos se ponen nerviosos porque creen que les pedirán algo incómodo o que no sabrán hacer. Tenemos que explicarles que no van como expertos, sino para conocer las necesidades de la ciudad, involucrarse y encontrar maneras de aliviarlas.

KH: Es una lección muy poderosa. Pero me intriga de verdad la idea de que una persona pueda saber muchísimo y, aun así, no actuar. ¿Cómo logramos que nuestra comunidad y nosotros mismos digamos: «Lo veo; gracias a mi vulnerabilidad, puedo verlo»? Suelo decir que es difícil ponerse en mi lugar cuando ni siquiera se me ve.Y hasta que alguien no me vea de verdad, no podrá ayudarme. Entonces, ¿cómo conseguimos llegar al punto que usted mencionaba al principio, cuando mi conciencia está tan formada que no puedo dejar de actuar?

JK: Creo que es precisamente ahí donde debemos pedirnos ayuda unos a otros. Necesitamos la humildad de reconocer no solo quiénes somos, sino también cuánto necesitamos que nuestros amigos nos ayuden.

A veces adopto posturas que me meten en problemas.

KH: ¡No!

JK: Sí. Pero ahora, antes de hacerlo, consulto más con algunos amigos para prever mis alternativas a medida que se desarrollen los acontecimientos. Me parece muy importante. Reflexionamos demasiado a solas sobre lo que debemos hacer. No solemos decir: «¿Puedes ayudarme? ¿Podrías aconsejarme durante el proceso?». Los discípulos eran doce. Jesús no escogió solo a uno o dos, sino a un grupo bastante numeroso, del que esperaba comunicación. Los enviaba de dos en dos y rara vez

dejaba solo a un discípulo.

Creo que las órdenes religiosas se fundaron sobre esa idea: siempre trabajábamos de manera colectiva. Y cada vez debemos pensar más en colectivos.

El gran diálogo actual en la ética cuestiona la antigua idea de que toda capacidad de acción residía en el individuo: «La persona decide». Pero ¿hablamos de una sola persona o de varias? Hoy muchos insistimos en que no actuamos solos, sino con otros. En Estados Unidos tenemos que aprender a colaborar.

Otras culturas son mucho más colectivas; la nuestra es individualista, y eso nos impide actuar desde nuestra vulnerabilidad y comunicar colectivamente lo que reconocemos.

KH: Usted ha dicho que la capacidad de responder es la respuesta a un llamado. A menudo, estudiantes, egresados y muchas otras personas intentan descubrir: «¿Cuál es mi vocación?».

JK: Creo que tienen que hablar entre ellas para encontrarla. Tal como dice, quizá yo no pueda resolverlo todo. Pero puedo compartir con otros que no soy capaz de hacer algo y preguntar: «¿Tú puedes?», o reconocer: «Yo no puedo, pero tú lo harías mucho mejor».

A medida que adquirimos edad y experiencia profesional, nos rodeamos de amigos con quienes podemos compartir visiones y expectativas. Nos decimos: «¿Y si haces esto tú en lugar de mí?». Si fuéramos más colectivos, vacilaríamos menos y tendríamos mayor capacidad para avanzar.

En Estados Unidos no contamos con muchos modelos. Nuestros partidos políticos tampoco los ofrecen: uno está fragmentado y el otro adopta la visión de una sola persona. Necesitamos mostrar a nuestros estudiantes —y a nosotros mismos— otros modelos para reconocer responsablemente el talento ajeno y dejar que se manifieste la capacidad de actuar de los demás, no siempre la nuestra.

KH: Quisiera terminar con algo que le he oído decir: todo esto equivale al amor.

JK: Así es.

KH: Y aquí no tengo el menor reparo en emplear la palabra «amor». De hecho,

cuando llegan los estudiantes les digo: «Aquí los vamos a amar». Creo que el amor nos exige algo distinto. Si amamos de verdad, no dejamos abandonado al hombre del camino ni a un hermano que lucha cuando podemos ayudarlo, aunque ni siquiera sepamos si seremos capaces.

Quiero darle las gracias porque sé que su mensaje tendrá una enorme fuerza. También le agradezco haber acuñado la frase que repetimos aquí: la Misericordia consiste en entrar en el caos de los demás. Es decir, estamos dispuestos a responder y a ser vulnerables. Estoy segura de que hoy todos aprenderemos mucho de sus palabras.

Gracias por acompañarme. Gracias también a usted, hermana Sheila.

JK: Gracias, Kathy.

El uso de esta grabación de podcast se realizó con el permiso de la Universidad de Carlow.